

Moisés en el judaísmo clásico
Olga Ruiz Morell (Universidad de Granada)

Sumario

El judaísmo clásico es el judaísmo de los rabinos que entre los siglos I y VIII de la era común dedicaron su esfuerzo académico a explicar y actualizar el texto bíblico y a desarrollar la Ley Oral, una compleja construcción textual fundamentada en los mismos pasajes legales de la Biblia, los denominados ley mosaica. En ese ámbito exegético y legal, Moisés adquiere una importancia primordial y fundacional. La revisión que se realiza del personaje es la de un maestro selecto, digno de recibir la Ley “de manos y boca” del propio Dios. Fue el primero en estudiarla para, finalmente, transmitirla y hacer llegar a Israel el más grande don concedido por Dios: la Torah. El Moisés de los rabinos será un hombre extraordinario, sabio, íntegro, con múltiples facetas sobre las que prima el maestro.

* * *

El personaje de Moisés tiene una versatilidad equiparable solo a su peso en la tradición. Como un héroe moderno, Moisés se nos dibuja como un hombre retraído e inseguro que acepta, más por responsabilidad que por vocación, liderar a su pueblo. Sobrelleva sus debilidades, convirtiéndolas en fortalezas y manifestando de ese modo su grandeza humana. La trascendencia que adquiere su figura en el ámbito judío se justifica durante el período clásico (o rabínico), época en la que se construyen las bases del judaísmo posterior y en el que Moisés confirma su peso. Se ha sugerido, incluso, considerarlo como la figura humana primordial, equiparable a Jesús en el cristianismo o a Mahoma en el islam. Obviamente esa afirmación no se sostiene por la propia naturaleza teológica del judaísmo o la del propio Moisés. Sin embargo, es innegable el peso del personaje en lo que se podrían considerar la base de la fe para judías y judíos.

Moisés en el judaísmo clásico adquiere el valor de figura fundacional. Es el referente personal en torno al que se construye el propio judaísmo. Si Abraham es el padre, Moisés es el maestro, el sabio a través del cual Dios entregó el más preciado de los tesoros, aquel sobre el que se construye la fe y el modo de vida que identifica al judaísmo: la Torah. Pero lo más significativo que transmiten los Sabios de esta época clásica es que no solo recibió la Ley Escrita (Biblia), sino que también fue depositario

de la Ley Oral (Misnah, Talmud), transmitiéndose ambas de generación en generación e inspirando a hombres sabios, incluso siglos después.

Los maestros del período rabínico dibujan al personaje bíblico y sus circunstancias acorde a su importancia. Una de las labores fundamentales de dichas escuelas rabínicas es la de reescribir (o recontar, si consideramos su oralidad) el texto bíblico completando, justificando, armonizando y actualizando sus historias. Los relatos sobre Moisés, casi como los de ningún otro, merecen una especial dedicación. Son varios los episodios y muchas las facetas y vivencias del personaje. En ocasiones se hace necesaria una revisión, así como aclaraciones acerca de la figura de Moisés, a causa de sus incertidumbres y contradicciones, de manera que se logre una adecuada comprensión, conciliación y aceptación del relato bíblico.

Este liderazgo se mueve entre múltiples facetas, tantas que de él se dibujan dos percepciones muy diversas y que definen su naturaleza como hombre de Dios (*'ish ha'elohim*): la de un ser divinizado, a modo de semidios, frente a la de un hombre extraordinario, único en la historia de Israel. Ya en el texto bíblico se nos presentan múltiples caras, las de un hombre puro, sabio, poderoso o humilde. Revisaremos algunas de las hazañas y cualidades del personaje a través de su representación rabínica. Los Sabios desarrollan su vida de una manera excepcional. Un príncipe, un esclavo, un rey, un pastor, un legislador, un líder, un maestro... en definitiva, un ser de múltiples vidas, diversas y destacadas.

Moisés en los relatos rabínicos se adecúa a la importancia y trascendencia de su personaje. Se pretenden justificar los acontecimientos de su vida y acomodar las circunstancias y personajes que lo acompañan.

1. Nacimiento e infancia de Moisés

1) El entorno familiar

Un hombre tan especial merece un origen familiar y un nacimiento excepcionales. Por lo pronto, la familia de Moisés es engrandecida para dibujarla acorde con tan significativo héroe. A lo largo de sus textos, los rabinos rememoran tradiciones en torno a la familia de Moisés.

Su padre era Amram, un levita piadoso y sabio, el más grande de su generación. A raíz de la promulgación del Faraón condenando a los recién nacidos varones del pueblo hebreo, decidió separarse de su mujer. Pretendía así evitar tener hijos que fueran luego

sacrificados de una manera inútil y cruel. Dada su influencia, lo hizo de manera pública y ostentosa para ser imitado por el resto de la comunidad.

La madre, Yokébed, era hija del propio Leví. Mencionada someramente en la Biblia, la tradición la engrandece hasta el punto de identificarla como una de las matronas que propiciaron el nacimiento de los niños hebreos. El nombre que la Biblia le adjudicó, Sifrá, correspondería a una alegoría de su papel en este episodio (en referencia a que preparaba y acrecentaba a los recién nacidos). Esa labor la libró de la maldición de Eva, al dar a luz a Moisés sin dolor.

En cuanto a Miriam, la hermana, tuvo doble mérito. Era profetisa ya desde su más tierna infancia (profetizó el nacimiento y logros de su hermano Moisés) y comadrona junto a su madre. Destacaba por su capacidad reflexiva y por tener una admirable previsión, acorde a su don profético. Fue ella la que advirtió a su padre de la gravedad de las consecuencias de la separación de los matrimonios. Miriam le hizo ver que su decisión era peor que la del propio faraón, pues este había condenado a morir a los niños, mientras que Amram condenaba también a las niñas, además de privar a unos y a otras de la vida venidera por el simple hecho de no haber nacido. En otras tradiciones, la niña profetizó el nacimiento de un hermano que salvaría a Israel. Tanto por una como por otra razón, Amram decidió retomar a Yokébed, engendrando así a Moisés.

También su madre adoptiva es una mujer privilegiada en la tradición rabínica. A pesar de ser extranjera, la princesa egipcia mereció ser acogida por Dios como una hija, de ahí el nombre que se le da en esta tradición, Bityah (“hija de Yhwh”), además de ser incluida en la restringida lista de mujeres de valor. El mérito de la mujer fue rescatar y cuidar con esmero de Moisés, dada la norma de que quien salva una vida, se le reconoce como si salvara un mundo entero, y esta vida, la de Moisés, era especialmente querida por Dios. Otro privilegio concedido a la hija del faraón fue la de designar a nuestro héroe por el nombre que ella le dio, Moisés, no por el que le habían dado sus propios padres al nacer, Yequiel.

2) Sus primeros años

Los prodigios acaecidos en su nacimiento van acordes con una persona destinada a obrar proezas. Por lo pronto, de acuerdo a la tradición rabínica el decreto del faraón sobre los niños varones de los hebreos no respondía al temor de que se convirtieran en una multitud, sino a la interpretación de un sueño del mismo faraón que vaticinaba el nacimiento de un hebreo que acabaría con el poder de Egipto. De este modo se anticipa

y se engrandece de manera prodigiosa el nacimiento de Moisés. Por ello no nos extraña que se diga que en el momento en que nació, su hogar quedó iluminado por una luz prodigiosa; o que con un solo día ya fuera capaz de hablar y de andar o, como se llega a afirmar, que con solo tres años él mismo profetizara que recibiría la Torah.

Pero, sin duda, el episodio más significativo de su infancia fue el momento en el que fue depositado en las aguas y rescatado de ellas por la hija del faraón. La tradición rabínica, de nuevo, completa el relato para gloria del niño y grandeza de Yhwh.

La presencia de la princesa junto a las aguas no era inocente ni fortuita. A causa de la condena del faraón contra los niños hebreos, Dios había castigado a la población egipcia con la lepra. Precisamente, la joven princesa se había acercado a las aguas para refrescar y aliviar su piel cuando vio la canasta con el niño. Al alargar prodigiosamente su brazo para recuperarla, sanó milagrosamente de su dolencia. El descubrimiento de la cesta fue extraordinario para la mujer: la visión de una hermosa criatura, con el aspecto de un ángel de Dios, acompañada del esplendor de la presencia divina, la *shekinah*, y del arcángel Gabriel, que se encargaba de que el pequeño no sufriera ningún mal, debió ser suficiente para darse cuenta de que acababa de encontrar a un niño muy especial.

Si bien llamó de inmediato a una nodriza egipcia para que lo amamantara, el niño no bebería del pecho de ninguna gentil; la boca que estaba destinada a hablar con Dios exigía una pureza que admitía solo la leche de una nodriza hebrea. Es por ello y por la consabida intervención de Miriam por lo que Yokébed pudo criar a su propio hijo.

Por esa razón pasó sus dos primeros años de vida en su hogar hebreo, para luego ser criado en palacio por la propia Bityah, como un auténtico príncipe, compartiendo su tiempo con la familia real. Cuentan que a los tres años de edad, mientras estaba sentado a las rodillas de su madre egipcia, tomó la corona del faraón y se la puso en la cabeza, para sorpresa y horror de los miembros de la familia real. Tomándolo como una premonición de una pretendida aspiración al trono, provocó la ira de parte de la familia del faraón, recomendándose su ejecución. Fue de nuevo el arcángel Gabriel el que lo protegió de una muerte segura.

2. Los años de juventud

1) Asesino y prófugo

Los sabios nos dibujan a un Moisés sabio y brillante, educado de una manera esmerada en palacio por los más destacados maestros, a los que pronto superó en conocimiento. El día en que se desplazó a Goshen, donde vivían los esclavos hebreos, descubrió las

condiciones en las que subsistía su pueblo. A partir de ese momento se convirtió en el protector de Israel, aunque siempre en las sombras para no levantar las sospechas de los egipcios. Llegó a solicitar al faraón que concediera un día de descanso a los esclavos, bajo la excusa de asegurar su pervivencia y no perder mano de obra. De este modo, adelantándose a la entrega de la Torah, se atribuye a un joven Moisés una de las leyes fundamentales que rige e identifica al judaísmo: el descanso sabático.

Fue por esa necesidad de dar consuelo y protección a su pueblo por lo que se ocasionó su salida de palacio, concretamente cuando descubrió a un egipcio maltratando a un hebreo cuya esposa había sido violada por el mismo agresor. A pesar de su deseo de castigarlo, se contuvo para antes consultar con los ángeles (siempre presentes en su vida) la conveniencia de castigarlo con la muerte. De este modo se convierte a Moisés en miembro de un tribunal, pero no en un asesino sanguinario movido por un impulso irreflexivo. Una vez obtenido el respaldo, no llegó a realizar ningún acto físico violento, sino que pronunció el nombre de Dios y el egipcio cayó muerto. Esa era la capacidad y la cercanía de Moisés con respecto a Dios. No solo perviviría ante la presencia divina, sino que podía proferir el nombre impronunciable, antes siquiera de haber sido revelado, y tornarlo en arma arrojadiza.

Cuando hicieron llegar la noticia al faraón, tanto de la muerte que había causado como de que esta se debía a la ayuda que prestaba habitualmente a los hebreos, este sentenció a Moisés a muerte. Los ángeles, de nuevo atentos a las necesidades de nuestro protagonista, avisaron a Dios, quien evitó su muerte en el patíbulo haciendo escurrir la espada del cuello de Moisés hasta diez veces. Finalmente, el ángel Miguel, con la apariencia del verdugo, cortó la cabeza del propio verdugo, a quien había dado la apariencia del reo, para a continuación llevar al auténtico Moisés en un reflexivo e introspectivo viaje de cuarenta días.

2) Moisés, el pastor

Tras un largo período en Kus (Etiopía) donde llegó a convertirse en rey, se dirigió a Madián. Allí no solo conoció a su esposa, sino a uno de los personajes más misteriosos pero trascendente en la vida de Moisés, su suegro, el sacerdote madianita. La revisión teológica que se hace de este hombre en las escuelas rabínicas permite resolver la incongruencia de los dos nombres con que lo designa el texto bíblico de Éxodo, así como la inconveniencia de acomodar a Moisés en un hogar idolátrico. El Reuel del Ex 2 era el sacerdote que dirigía el culto idolátrico madianita, mientras que el Jetro de los

capítulos posteriores fue un hombre que cuestionó su actividad idolátrica y volvió su fe, mediante una íntima conversión, hacia el Dios único.

La labor de Moisés como pastor durante sus días en Madián anticipó su labor como guía del pueblo de Israel, al que sabría conducir como hizo con los animales. Durante los cuarenta años que se dedicó al pastoreo, ni una sola oveja sufrió daños o se perdió, además de multiplicarse de manera prodigiosa, presagio de su futura misión. Eso constata que cualquiera de los problemas surgidos durante el éxodo fueron responsabilidad de los propios israelitas, no de su líder. Él mismo observó cómo se hacía fuerte en el desierto. La declaración de esta capacidad era obviamente intencionada; Moisés presentía los grandes acontecimientos que viviría en ese escenario, lo que le generaría más anhelo que recelo.

No obstante, cuando se encontró frente a la zarza ardiendo y escuchó a Dios pidiendo que recatara a su pueblo, trató de zafarse de la tarea. Moisés insistía en su ineptitud, dudando a pesar de la confianza que en él depositaba Dios. Esa será una de las debilidades que le recriminará Yhwh en el momento de su muerte. También fue la causa por la que Dios decidió conceder el sacerdocio a los descendientes de Aarón (que sí aceptaría sin reparos la tarea) y relegar a la de Moisés al puesto de levitas.

3. De nuevo en Egipto

La vuelta a Egipto la hizo Moisés con su mujer y sus hijos, a los que montó en un asno, el mismo que había llevado Abraham al sacrificio de Isaac y en el que montaría el Hijo de David vaticinado por el profeta Zacarías.

Frente al faraón, la tradición distribuye las tareas de manera equitativa entre Moisés y su hermano Aarón. El hermano mayor no sentía envidia o rivalidad hacia su hermano menor, ni viceversa. Se produjo casi una absoluta equiparación entre uno y otro. Queda claro que todos los méritos de Aarón podrían haber sido los mismos que los de Moisés, de tal modo que los hermanos repartían las intervenciones ante el rey de Egipto y la ejecución de las plagas.

En cuanto a las plagas, no deja de causar extrañeza que, a pesar de lo terrible y mortífero de sus consecuencias para el pueblo de Egipto, se percibieron como una compensación simbólica y positiva para Israel: fueron una recompensa por las diez pruebas que había sufrido y superado Abraham.

4. La entrega de la Ley

La entrada en el desierto se produce tras el paso del Mar Rojo. Sorprendentemente el milagro no se atribuye tanto a Moisés como al propio Yhwh. Las aguas no hicieron caso al hombre, sino que se separaron solo por la orden del propio Dios. Así se rememora en la liturgia de la Pascua judía la salvación propiciada por Dios. El principal mérito de Moisés en este episodio será el cántico de acción de gracias (Ex 15) pronunciado tras la salvación del pueblo y recitado tal como se haría en una sinagoga: Moisés comenzaba el verso y los israelitas respondían tras él.

En el desierto, en soledad, es como Moisés recibió la Ley, que, como hemos mencionado ya, son dos, una Escrita y otra Oral.

Los Sabios menos proselitistas proponían que esa doble forma en la entrega pretendía reservar a Israel al menos una parte de ese regalo. Si bien la Ley Escrita fue tomada y adoptada por otros pueblos (en una clara referencia a samaritanos y cristianos) dada la accesibilidad del material escrito, la memorización y transmisión oral reservaba esa segunda ley al ámbito judío.

Precisamente, sobre la accesibilidad de otros pueblos a la Torah y para evitar recriminaciones que los pudieran acusar de suponerse un pueblo especial, elegido y moralmente superior, otros maestros sugieren que la entrega de la Ley fue un acto universal por parte de Dios. Llevaría a cabo la entrega de una manera asequible, en público y en un espacio abierto (el desierto), en voz bien alta (tronando), para que cualquiera pudiera acercarse a recibirla. Pero fue Moisés el único que acudió. Se cuenta que Dios la ofreció primero a otros pueblos, que la fueron rechazando al no estar dispuestos a aceptar algunas de las prohibiciones contenidas. Solo Israel aceptó el ofrecimiento de Dios. No fueron elegidos por capricho, en detrimento de otros pueblos, simplemente fueron los que la aceptaron a ciegas y sin condiciones.

Al reflexionar sobre la naturaleza de ese vínculo legal, o más bien contractual, se percibe cierto compromiso íntimo entre Dios e Israel, lo que lleva a los Sabios a recrear la entrega de la Torah como una boda, en la que el novio es Dios, la novia Israel y Moisés el padrino que va en busca de la novia para guiarla ante el novio. La Torah sería el regalo que el novio hace a la novia a modo de contrato matrimonial.

Retomando la entrega de las dos leyes o *Torot*, llevada a cabo de acuerdo al relato bíblico, durante cuarenta días y cuarenta noches, se representa mediante una escena escolar: Dios enseñaba a Moisés durante el día y Moisés estudiaba lo aprendido durante la noche. Como maestro y discípulo en una academia rabínica, Moisés escribía lo que

Dios le dictaba y memorizaba lo que Él le decía. En esa escena académica, Moisés preguntó a Dios todas las dudas que futuros discípulos harían a sus maestros.

5. La muerte de Moisés

Si hay un relato especialmente desconcertante en la Biblia, es el de la muerte de Moisés. Tras una larga narración en la que se plasma la grandeza de este hombre, se cierra el ciclo narrativo con un triste, pero sobre todo inexplicable, final. El hombre que ha librado a Israel de la esclavitud, que se ha encargado de recibir y transmitir la Ley de Dios y de guiar al pueblo por el desierto hasta la tierra prometida, no es merecedor siquiera de pisar esa tierra. Ese giro en los acontecimientos, como una cruel ironía, desconcierta y genera multitud de preguntas y sospechas.

Posiblemente sea el episodio que mayor desarrollo ha tenido en la revisión rabínica de la historia de Moisés, precisamente por tratar de dar respuesta a ese frustrante desenlace. En una hermosa recopilación midrásica (de comentarios bíblicos) denominado “Midrás de la muerte de Moisés” (*Midrash Petirat Moshe*) se puede leer una recopilación de tradiciones del judaísmo clásico en torno a los últimos momentos de Moisés.

Las preguntas que surgen a raíz de la lectura de esos versículos bíblicos se ponen en boca de Moisés, que, como el mismo Job, reclama a Dios una explicación. El diálogo llega a ser dramático. Con respeto, pero sin tapujos, Moisés reclama a Dios este cruel final, mientras que Dios recrimina a Moisés alguna de sus actuaciones.

La primera pregunta que se hace Moisés y dirige a Dios es por qué ha de morir. Aquí escuchamos a un Moisés vanidoso, muy diferente al que estamos acostumbrados. Se considera superior a cualquier otro ser humano y, por tanto, digno de esquivar a la muerte. Dios le recrimina alguna de sus actitudes más vacilantes ante los mandatos divinos. La desconfianza, junto a algunos otros reproches, es suficiente para que Moisés acepte su destino. Reconoce finalmente la grandeza de Dios y los honores con los que le ha destacado frente a otros hombres, pero no poder pisar la tierra que les prometió se convierte en una sentencia injustificada e insoportable. De hecho, los sabios no encuentran justificación en ese castigo. Dios pronunció dos juramentos inseparables: Moisés no entraría en la Tierra e Israel no sería aniquilada. Si se incumpliera uno, se incumpliría el otro; se trata, pues, de un triste chantaje ante el que Moisés claudica.

También vivimos a través del texto el difícil relevo en el liderazgo del grupo. Moisés no duda en reconocer a Josué como digno líder y maestro, pero no puede evitar sentir el

pinchazo de los celos. Sigue mostrándose el Moisés más humano de toda la literatura judía.

El punto álgido del midrás es el momento de la muerte del protagonista, una muerte que debe compensar todas las frustraciones mencionadas anteriormente. Todo comienza con una vocecilla que llega de los cielos, la denominada *bat qol*, que va anunciando a Moisés el tiempo que le queda “te queda minuto y medio”, “solo te queda medio minuto de vida” sucesivamente, hasta que pronuncia las fatídicas palabras: “Moisés, ¿por qué te angustias? Ha llegado el momento final”. Toca relatar con detalle esa breve descripción que de la muerte de Moisés se hace en Dt 34,5-6. Dios pide sucesivamente a los ángeles más cercanos a Moisés, Gabriel, Miguel y Zagziel, que le arrebatan el alma y la lleven ante él, pero ninguno es capaz de ello. La imagen de Miguel llorando impotente resulta conmovedora. Tan solo Sammael, que acecha esperando su momento, se ofrece con placer para tan dura tarea. No obstante, Sammael fracasa en sus dos intentos, por lo que finalmente se produce el esperado desenlace: Dios mismo, acompañado de los tres primeros ángeles, desciende junto a Moisés. “Gabriel preparó el lecho de Moisés, Miguel extendió un vestido de púrpura y Zagziel dispuso vestiduras de lana a la cabecera del lecho. Zagziel a los pies del lecho, Miguel a su derecha y Gabriel a su izquierda. Le dijo el Santo, bendito sea: «Cruza tus manos y ponlas sobre el pecho; cierra tus ojos». Y así lo hizo. Cuando el Santo, bendito sea, vio esto, tomó el alma con un beso de su boca, como está dicho: *Murió, pues, allí Moisés, servidor de Yhwh, [en el país de Moab,] por boca de Yhwh (Dt 34,5).*” La expresión “al peh” (literalmente “por boca”) del texto bíblico se identifica con un beso místico que implica la grandeza de Moisés a ojos de Dios y lo distingue del resto de seres humanos. De este modo Dios tomó su alma, con su boca, y se ocupó de su entierro; tal era el mérito de Moisés.

* * *

Moisés es engrandecido por los Sabios del judaísmo clásico como el maestro por excelencia. Se miran en él, pues fue maestro como ellos mismos. No solo fue el líder ejemplar e intermediario ante Yhwh; fue sobre todo el transmisor y maestro instruido, dedicado al estudio de la Torah, lo máspreciado que tiene el judaísmo. Por ello es merecedor del título de maestro y se le denomina *Mosheh rabbenu*, Moisés maestro nuestro. El judaísmo, como religión, es más normativo que dogmático. Es esa praxis (norma) la que queda determinada por las dos *Torot* o Leyes que entregó Dios a Moisés,

y que los maestros desentrañan. Moisés es uno de ellos; más bien, sería el primero de ellos.

Bibliografía básica

1. Luis F. Girón Blanc, “La crónica de Moisés” en *Sefarad* 48,2 (1988) 390-425.
2. Concepción Castillo Castillo y Miguel Pérez Fernández, *Tradiciones populares judías y musulmanas: Adán, Abraham, Moisés*. Estella: Editorial Verbo Divino, 2009.
3. Miguel Pérez Fernández y Olga Ruiz Morell, *El beso de Dios: Midrás de la Muerte de Moisés*. Editorial Verbo Divino, 2013.

Imágenes sugeridas:

-Miriam profetizando

https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Miriam_IMG_28071.JPG

-Bitiah recogiendo a Moisés del agua

https://en.wikipedia.org/wiki/Finding_of_Moses#/media/File:Dura_Europos_fresco_Moses_from_river.jpg

-Moisés transmitiendo la Torah

https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Signorelli,_testamento_e_morte_di_mos%C3%A8_01.jpg

-El entierro de Moisés

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:The_Phillip_Medhurst_Picture_Torah_619._The_death_of_Moses._Deuteronomy_cap_34_vv_5-6._Mortier.jpg

o

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Alexandre_Cabanel_-_Death_of_Moses.jpeg